

**HOSPEDAR AL OTRO: HISTORIA, TRADUCCIÓN Y SILENCIO.
EL ITINERARIO DE AZUCENA FRABOSCHI (1942-2014)¹**

CECILIA AVENATTI DE PALUMBO²

En primer lugar, debo confesar el pudor que me provoca hablar desde el espacio de apertura que la muerte me ha cedido para que lo haga en nombre de Azucena Fraboschi. Ella es el centro del homenaje que hoy nos convoca junto con la presentación de este libro póstumo. Se trata de la concreción de un sueño que comenzó en un bar, durante el almuerzo que compartimos el hermano Pedro Edmundo Gómez, Azucena y yo, en las cercanías de la Academia Nacional de Ciencias, mientras participábamos los tres de una Jornada de Filosofía Medieval allá por abril de 2013. Como la ingente tarea de traducir cuatrocientas cartas excedía sus fuerzas, le propusimos convocar a un grupo de traductores voluntarios, que aceptaran llevar del latín al castellano una o dos cartas en el lapso de un año, y ella aceptó, sin saber entonces que estaba emprendiendo su última obra. En octubre de ese año enviamos la primera circular, a partir de la cual configuramos finalmente el grupo de dieciocho personas cuyos nombres figuran en la tapa. Doy testimonio del trabajo en comunión, respeto, gratuidad y silenciosa entrega del tiempo propio de cada uno de ellos. Agradezco a todos, en particular, a la licenciada María Esther Ortiz, quien no dudó en asumir la tarea de completar la tarea que Azucena dejó interrumpida.

Así como el vestido cubre el pudor de nuestro ser cuerpo, las palabras protegen nuestros sentimientos y emociones, hasta quedar convertidas en huellas más o menos intensas de experiencias indecibles, las que, sin embargo, pugnan por manifestarse. Pues bien, en la búsqueda de una palabra que revelara ocultando el misterio sagrado de la vida de Azucena, sin traicionar

¹ Este texto fue leído en el Panel de la presentación del libro *Cartas de Hildegarda de Bingen. Volumen I*, editado por Azucena A. Fraboschi, Cecilia Avenatti de Palumbo y María Esther Ortiz (Buenos Aires, Miño y Dávila, 2015). El acto fue realizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA, el día 20 de noviembre de 2015, como un homenaje póstumo a Azucena A. Fraboschi, ante la presencia de una nutrida concurrencia.

² UCA. E-mail: ceciliapalumbo52@gmail.com

Fecha de recepción: 5/1/2016; fecha de aceptación: 22/2/2016

el secreto del otro ni el propio, se me presentó la “hospitalidad” como una clave en torno a la cual reunir los fragmentos de su vida y obra en una figura que la envolviera como totalidad. La elección de esta clave de lectura se ajustaba no sólo a la hospitalidad como antigua expresión del amor cristiano convertido en carisma propio del mundo benedictino, al que justamente perteneció Hildegarda de Bingen, sino que además la hospitalidad se encontraba en el foco de las cuestiones que inquietan hoy a pensadores de la talla de Jean Louis Chrétien, Paul Ricoeur y Jacques Derrida, entre otros.

En efecto, en el mundo global y plural en el que vivimos, la hospitalidad emerge como un camino que une en las diferencias, puesto que en ella la condición de extranjería, entre hostil y vulnerable del otro, es asumida como parte constitutiva de la construcción de la identidad humana. En este sentido, la hospitalidad no es puro reconocimiento ni mero ponerse en lugar del otro, sino más profundamente, es la posibilidad de habitar la propia morada en la más cercana y a la vez distante ajenidad. Es, justamente, en esta hospitalidad donde el mundo se abre, se significa y arraiga³. En razón de todo lo cual, les propongo considerar ahora el itinerario existencial de Azucena Fraboschi desde el horizonte de la hospitalidad actual, en los tres registros vitales que juzgo marcaron su camino: la historia, la traducción y el silencio.

1. LA HOSPITALIDAD DE LA HISTORIA

La historia es un hospedar al otro, un recibir a un huésped cuya lengua se ha vuelto extranjera. A decir de Raymond Aron, “la historia es el relato de los muertos contado por los vivos”. Pues bien, esta fue la primera hospitalidad vivida, quizás de modo inconsciente, por Azucena, quien durante treinta años se dedicó a la enseñanza de la historia de la educación. Visto retrospectivamente este período significó una larga preparación para recibir la irrupción de Hildegarda de Bingen en su vida. En efecto, hospedar al espectro del otro que hablaba en los textos y relatos de la historia, con el consecuente ejercicio de interpretación de los hechos, gestó en Azucena una progresiva actitud de ser huésped que recibe desde esta orilla del tiempo al otro que ya

³ Cf. Patricio Mena Malet, “El lugar de la hospitalidad”, en *Nombrada* III/3 (2007) 149-160.

no existe y que llega como un extraño que busca que su mundo sea comprendido. El momento del encuentro entre estas dos mujeres distanciadas por novecientos años desplegó una hospitalidad recíproca. Esto produjo en Azucena un giro decisivo que la llevó a pasar de una racionalidad monolítica centrada en el ser como sustancia hacia una racionalidad abierta a la vida concebida hildegardianamente como *viriditas*: fecundidad feraz del cosmos que en la Encarnación del Verbo se hizo música sinfónica. Los textos, sonidos e imágenes de la mística del siglo XII la guiaron en ese proceso pascual en el que, como en el caso pascaliano, el dios de los filósofos cedió definitivamente ante el Dios vivo de la revelación.

2. LA HOSPITALIDAD DE LA TRADUCCIÓN Y DEL GÉNERO EPISTOLAR

Como humanista y latinista, por herencia familiar y por elección, la segunda gran pasión de Azucena fue la traducción. Paul Ricoeur, en una obra por la que nuestra homenajeadada demostró particular interés,⁴ veía la “hospitalidad lingüística” como la esencia de la traducción, que consiste en la capacidad de acoger lo foráneo, lo cual supone el desafío de atravesar la prueba de la resistencia de lo ajeno y el trabajo de duelo de la traducción perfecta. De este modo, la acogida de la lengua del otro es el punto de partida de un proceso vincular en el que el traductor media entre dos cosmovisiones, haciendo de este ejercicio un proceso de transformación personal. “Hospitalidad lingüística [dice Ricoeur], donde el placer de habitar la lengua del otro es compensado por el placer de recibir en la propia casa la palabra del extranjero”. Pues bien, esto es precisamente lo que hizo Azucena con los textos y el mundo de Hildegarda de Bingen. Ambas mujeres se hospedaron recíprocamente en la palabra y en la interpretación, según el ritmo perijorético que consiste en vaciarse de sí y llenarse del otro hasta llegar ser uno en el otro, en permanente proceso de transfiguración recíproca. De modo tal que la traducción plantea no sólo un trabajo intelectual teórico, sino también un problema ético: llevar el autor al lector y el lector al autor. Azucena asumió

⁴ Cf. Paul Ricoeur, *Sur la traduction*, Paris, Bayard, 2004.

con singular honestidad esta responsabilidad de acercar mundos lingüísticos y culturales tan ajenos el uno del otro y de ofrecerlos en transfiguración de sí.

Por lo demás, el género epistolar, al que pertenece la obra que estamos presentando, pone de relieve el sentido dialógico de la hospitalidad lingüística, a lo que se suma el hecho de la pluralidad de voces de los traductores aquí reunidos. En este caso, Azucena asumió una triple hospitalidad: respecto al texto, respecto a los otros traductores con los que compartió la interpretación, y respecto a los lectores. Esta dimensión que bien podemos llamar “hospitalidad epistolar”, como lugar donde la palabra da albergue al extraño que sorprende y a la vez resiste, no hace sino reforzar el dinamismo del huésped pasivo que recibe y activo que pide albergue, con la que se evidencia la constitutiva condición humana de ser uno en el otro.

3. LA HOSPITALIDAD DEL SILENCIO

“La última hospitalidad, la del Señor -se pregunta Jean-Louis Chrétien- ¿no consistirá en dejarse caer, vertiginosamente, en la escucha luminosa del Verbo?”⁵ De la hospitalidad lingüística, a la que había dedicado de modo intensivo los últimos quince años, Azucena fue abruptamente arrojada a la hospitalidad del silencio. Su lengua, sus cuerdas vocales, toda la corporeidad de su palabra estalló en pedazos y Azucena hizo silencio cada vez más profundo. No sin resistencias, se fue entregando poco a poco hasta quedar sumergida en ese silencio místico que la hizo escuchar muy adentro la voz del Esposo en Cruz.⁶ De huésped activo se convirtió en huésped pasivo hasta que terminó por entregar totalmente el ejercicio de traducción en manos de otros, nosotros a quienes confió la tarea de ser puentes entre lenguas y culturas, y finalmente en manos del Otro con mayúscula, el Señor de la última hospitalidad de quien se sentía recibida como Esposa por el Esposo del *Cantar de los cantares*. En la hospitalidad eucarística de su ser partido y entregado, encontró la última transformación de las otras hospitalidades vi-

⁵ Jean-Louis Chrétien, *L'arche de la parole*, Paris, Puf, 1998, 13.

⁶ Cf. idem. 77.

vidas. Como Hildegarda, hoy habita en la morada del Amado, su último Huésped.